

a pesar del calor, las playas de Puerto Colombia, con el espacio interno, delirante, donde la muerte hace de las suyas, donde la sangre se erige en símbolo de la obsesión alucinante de Sebastián.

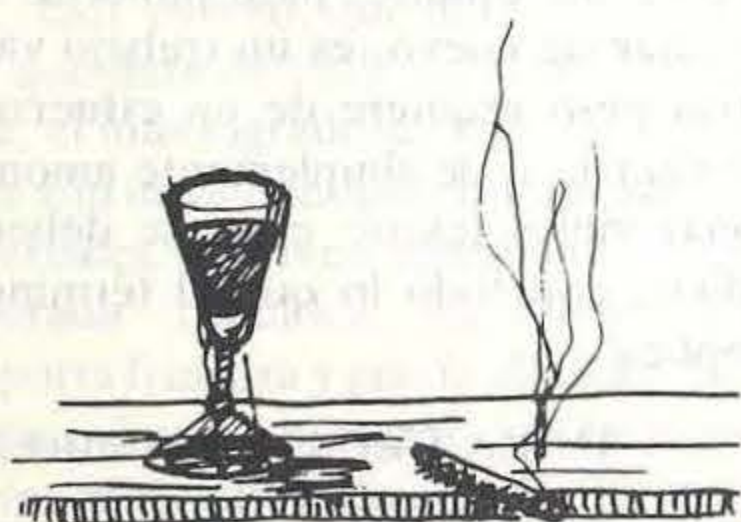
El espacio cobra una doble dimensión, real y psíquica, en donde unos personajes intentan explicarse a sí mismos desde la intimidad del recuerdo, la evocación, la apelación al otro, sus gustos y sus odios.

Su tiempo no es lineal: la obra comienza y termina un lunes de carnaval. En ese espacio interno el tiempo es recuperado por el recuerdo. Se detiene. Como un círculo congelado que se amplía a medida que los personajes ahondan en la situación. La obra avanza en espiral. Está volviendo sobre su punto de partida continuamente.

Las imágenes se repiten, pero no se vuelven gratuitamente reiterativas, porque van cobrando significación a medida que los personajes cuentan, narran, reflexionan, recuerdan. Así como para Sebastián el recuerdo obsesivo del crimen es "como si estuviera pasando una película al revés" (pág. 27), así la estructura narrativa se asemeja a una cinta que se desenvuelve, se adelanta, se devuelve de nuevo para ver lo que no vimos la primera vez. Superposición lograda con el uso de las diferentes voces narrativas.

No vamos a decir que estamos ante una obra maestra. Pero sí resulta refrescante encontrarse con una novela bien hecha, lejos del virtuosismo formal o del malabarismo del lenguaje, que se arriesga al juego narrativo pero sin descuidar el sentido, que intenta recuperar ese misterioso universo del inconsciente.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO



Salto mortal: del derecho a la literatura

Sala capitular

Francisco Sánchez Jiménez

Editorial Planeta, Bogotá, 1984, 215 págs.

Una primera lectura de *Sala capitular*, novela escrita por Francisco Sánchez Jiménez, deja la sensación de haber asistido a una representación alegórica construida a partir de un discurso eminentemente jurídico.

Los personajes no son seres reales; son voces que emanan más del narrador que de ellos mismos. Para saber quién es quién se hace necesario volver sobre la obra varias veces y con un lápiz ir señalando las pistas que deja la voz anterior.

Al acercarse nuevamente con una mirada más crítica, es posible ir desmontando los diferentes discursos, elaborados todos en primera persona, para quedarnos con fragmentos fácilmente intercalables y el eco de una retórica que se resuelve entre la ironía y la frase ampulosa, entre la tesis y la teoría.

Moriz y Gaspar, dos jóvenes hidalgos pertenecientes a una familia rígidamente tradicional enfrentados en sus conciencias, en sus ideas sobre el "deber ser" de la existencia.

Tres mujeres: Falopia, la criada, ama de llaves, sostén de la armonía doméstica; Égloga y Roma, vigías del comportamiento moral de los adolescentes.

Cunio, tutor y maestro encargado de iniciarlos en la vida, en ese "afuera", seductor y promisorio, más allá de las cuatro paredes de un estricto orden familiar.

El recuerdo de una madre que se fue enloqueciendo en el encierro, la muerte reciente del padre en plena pubertad de los futuros hombres de la casa, dan inicio al paso de la adolescencia a la edad adulta. Pero la muerte del padre no resulta suficiente. La estructura rígida y moralista de un orden familiar basado en la tradición y el "deber ser" no desaparece con la muerte del *pater familias*.

El mismo espacio físico de la casa, la presencia de una criada-madre y un tutor-padre, la prolongación de una estructura patriarcal a las dimensiones más amplias de la sociedad y el Estado, contribuyen a afianzar la alienación de una conciencia escindida (Moriz-Gaspar, dos facetas de una misma identidad), que se debate entre la norma y el deseo.

Lo que intenta ser un conflicto dramático existencial se queda en el concepto. Es una novela hecha con ideas. Ideas sobre la familia, la sociedad y el Estado.

Lo que queda es una abstracción que intenta satirizar ese mundo enfermizo y neurótico que pueden llegar a vivir los miembros de una clase social cuya función es la de sostener a cualquier precio las instancias de poder.

En un primer intento de suicidio, Moriz termina asesinado por Alter; Gaspar termina buscando con desespero un patrono, un jefe, alguien que le organice su vida, que le imponga una razón de ser. Cunio se ve doblegado por la vitalidad de una mujer que supo vivir sin él, en menosprecio de una virilidad acabada por una enfermedad en la próstata.

El sistema que se erige triunfante sobre la derrota de los seres individuales, podría ser la tesis que intenta demostrar el autor.

Hay una evidente intención de ironizar. La sátira puebla toda la obra. Sin embargo no logra la ironía a nivel del sentido. Se queda en el juego verbal, en la frase rebuscada e ingeniosa.

Es precisamente en el tratamiento del lenguaje donde está la mayor falla. La obra está montada sobre el discurso retórico y no sobre situaciones internas. Los personajes hablan en primera persona sin lograr una adecuación entre lo que dicen, el cómo lo dicen, y su ser. Realmente quien se expresa es el autor—por conducto de las diferentes voces—de una manera unívoca. Es un solo discurso que se acerca más al lenguaje jurídico que a la expresión simbólica propia de la creación literaria. El discurso configura los personajes, las acciones, los espacios, de tal forma

que no permite crear un universo analógico. Por eso, la sensación de vacío que deja su lectura.

Sala capitular no pasa de ser una pieza satírica escrita por un conocedor del lenguaje jurídico, con pretensiones literarias.

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

La prosa tranquila

Sobre literatura colombiana

Germán Vargas

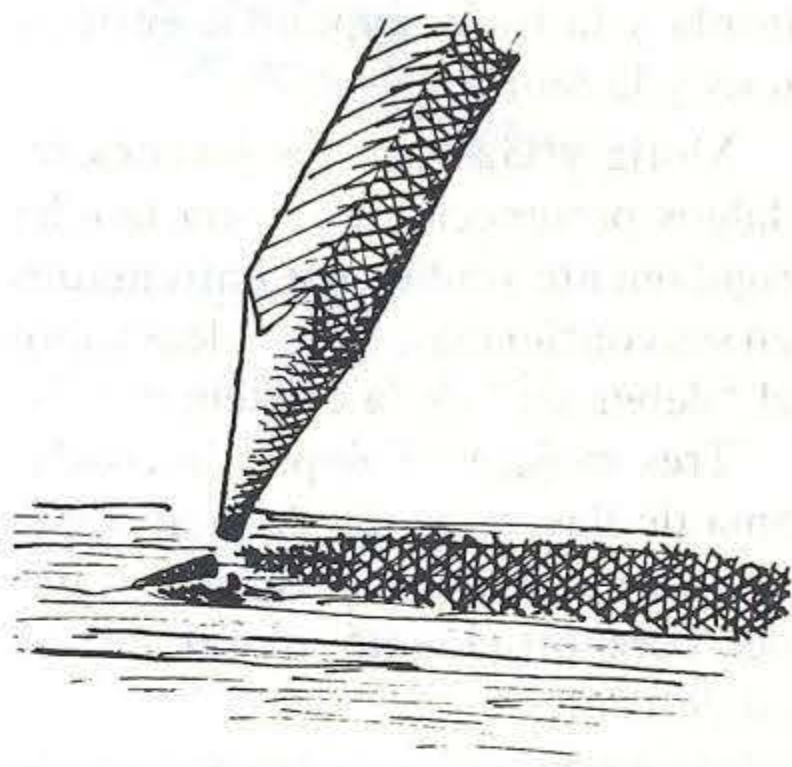
Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1985, 249 págs.

Sobre literatura colombiana de Germán Vargas trae una reunión de textos suyos escritos entre 1949 y 1984. Son reseñas cortísimas, comentarios, biografías noveladas, fichas sin revisar tomadas de anotaciones hechas en un viejo cuaderno, dos entrevistas, pedazos de un diario, y mucha crónica, todo muy breve, escritos con prisa, con sabor de una vida que lleva la literatura adentro. Nos quedamos sin saber si los materiales eran o no inéditos. Textos convertidos en libro "como por arte de magia", escribe Nicolás Suescún.

El libro viene desnudo; en ocho minilíneas nos lanzan seis datos sobre el autor: "Germán Vargas Cantillo. Nació en Barranquilla en 1919. Periodista. Fue director de *Inravisión*. Actualmente vive en Barranquilla y trabaja en *El Herald*". Claro que él mismo, con su prosa tranquila, a lo largo de todo el libro, ampliará esta información. La compiladora o, mejor, recopiladora, Sara Ganitski Guberek, no introduce el libro, explicando el por qué de la selección, el por qué de su orden de presentación, que encuentro desordenado. Hubiera sido conveniente ubicar cronológicamente las crónicas. Es importante saber que Germán Vargas, incansable lector, es el jurado de concursos de cuentos más popular en el país, que se sentaba a la sombra de los matarratones en una calle de Barranquilla o en la librería Mundo, o el café Colombia

o en el bar Americano y sobre todo en La Cueva para hablar, interminable, de libros, de deportes; para reír y beber. Hay que saber que Germán Vargas es uno de los del "Grupo de Barranquilla".

El libro es una verdadera caja de pandora: un discurso para Manuel Mejía Vallejo, la biografía de Julio Enrique Blanco, entrevista a Eduardo Arango Piñeres, minirreseñas de antologías poéticas y de obras de Pablos Gallinazo, Darío Jaramillo Agudelo, Germán Pinzón, Umberto Valverde, entre otras. Escribe sobre la costa con orgullo costeño. Cuenta cómo conoció a sus amigos, a sus amigos escritores o pintores. Narra el nacimiento de dos escritores: Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio. Describe tertulias literarias, farras en La Cueva. Relata cuando todos ellos conocieron a Cortázar, a Borges, y cómo vieron salir a Virginia Woolf, a Joyce, al amigo Faulkner del baúl del sabio catalán de *Cien años de soledad*, don Ramón Vinyes.



El libro está dividido en tres partes sin razón aparente, decía. La primera trae catorce títulos organizados cronológicamente, pero cada fecha hay que buscarla en el índice. Esta primera parte comienza con una "Nota sobre el cuento colombiano" escrita en el 49, en la que dice: "Constituye ya un lugar común hablar del escaso número de cuentistas y de novelistas que pueden salvarse al hacer un balance de la producción literaria colombiana" (pág. 11). Después, y a medida que pasan los años,

el panorama parece ir cambiando. Germán Vargas encuentra muchos escritores de novela y de cuento, y sus trabajos los pondera con su prosa breve, mucho nombre, mucha cita, par de adjetivos. Como él mismo lo escribe en su texto de 1955: "Fichas sin revisar sobre la novela y el cuento en Colombia", estas "tratan de ser sin pretensiones críticas unas síntesis deliberadamente desordenadas e inseguras de lo que ha sido en gran parte la muy pobre producción de novelas y cuentos en nuestro país. Son apuntes hechos al azar de las lecturas y consignadas en un ya viejo cuaderno" (pág. 31).

La segunda parte trae diez títulos también con orden cronológico de los mismos años, otro salpicón de crónicas, biografías y reseñas a manera de inventario, escritas en tono coloquial acerca de Barranquilla y algunos de sus habitantes. Crónicas poco exuberantes, anécdotas la mayoría ya contadas por García Márquez en incontables entrevistas, o por Plinio Apuleyo, o recogidas en el agradable libro *Crónicas sobre el Grupo de Barranquilla*, de Alfonso Fuenmayor. Son todas esas historias que han pasado a convertirse en leyenda, en la leyenda del grupo de Barranquilla.

La tercera parte trata, con seis títulos, al parecer ordenados en cronología, episodios de la vida del autor al lado de su amigo Gabito.

Germán Vargas, sin lugar a dudas, ha amasado la literatura; su libro es un homenaje a la amistad con la literatura y sus hacedores, lleno de nombres, citas, anécdotas y chismes. Nos deja con las ganas de leer sobre literatura colombiana, según lo anunciaba el título.

La tarea que se proponen los editores de la Fundación Simón y Lola Guberek, de rescatar obras que yacen en los estantes para ponerlas a circular de nuevo, es un trabajo valioso pero requiere de un esfuerzo adicional, al de simplemente amontonar viejos textos: estos se deben editar, con todo lo que el término implica.

DORA CECILIA RAMÍREZ